

GALERÍA

Gaceta Nº 37 - Noviembre de 2002



Premios Platero de Poesía y Cuento



El pasado jueves 24 de octubre tuvo lugar en el *Palais des Nations* la ceremonia de entrega de los Premios Platero de Poesía y Cuento 2002, cuyos ganadores respectivos fueron:

Cuento:

José Carlos Fernández Fernández (Argentina/España), por su obra *Lucho*.

Finalista: Ricardo Ferreira Almeda (España), por su obra *La felicidad a través de una ventana*.

Poesía:

Martín López Corredoira (España), por su composición *Coplas a su muerte*.

Finalista: Francisco Javier Reina Jiménez (España), por su composición *A partir de ahora*.



El acto se inició con una Mesa Redonda sobre el tema *Poesía y experiencia*, animada por Juan José Gómez Cadenas -mente aguda y fina pluma, que nuestros lectores conocen bien- y con la participación de Helena de Carlos y Yasmina Tippenhauer, Jurados de la presente edición del Premio Platero y Profesoras de las Universidades de Santiago de Compostela y Ginebra, respectivamente.

El tema suscitó un animado debate sobre el concepto mismo de "poesía" y su delimitación frente a otros estilos literarios.



Tras la entrega de los premios, el Quinteto vocal **Pentaterra** ofreció -espléndido regalo- un bellissimo recital de música española e hispanoamericana de los siglos XVI y XVII.



Al término del acto se sirvió un vino de honor.

Nota: En este número tenemos el gusto de publicar los dos primeros premios de Poesía y Cuento.

En diciembre publicaremos las obras de los dos finalistas.

Club del Libro en Español - Palacio de las Naciones, Oficina E-1026, primer piso, puerta 40; ☎ 917-4839

Lucho

El sol caía pesadamente sobre las crestas de las Altas Cumbres, bañando las laderas con un extraño tinte dorado que se desprendía del cielo. A pesar del incipiente verano, había que estar preparado para el contraste climático entre el día y la noche, en aquel desierto de la Pampa de Achala, donde reinaba el cóndor y el hombre solo era un intruso. Las terribles heladas y las nevadas del invierno habían pasado, pero aún quedaban, en aquellas hondonadas donde el sol no llegaba, rastros congelados entre las grietas de las rocas. Nené volvía al rancho, llevando consigo su avejentada figura, a pesar de contar sólo treinta y tantos años. Arrastraba sus pies, cansada, cargando una bolsa de leña en su mano derecha, y una liebre moribunda en la izquierda. -¡Lucho, apurate! - gritó sin darse vuelta y sin detener su marcha. -Esperame má, -contestó él, mientras sus piecitos descalzos tropezaban con los yuyos de aquel sendero, sinuoso si lo había, que las malezas insistían en hacer desaparecer, y que los escasos animales que sobrevivían a las inclemencias de la altura, en su derrotero al estanque de agua, se empeñaban en reconstruir. Má, insistió Lucho, pies descalzos, piel parda por la suciedad, piel parda por la herencia; Lucho el que busca la leña, el que trae el agua, el que barre el patio, el que alimenta a la Dalma cuando aúlla de hambre, me da lástima la Dalma siempre atada a aquel sauce; Lucho el desahogo de su madre, cuando está fastidiada me golpea hasta lastimarme; Lucho el que llora en silencio entre los arbustos que rodean el rancho, porque má no quiere que lllore delante de ella. Perdió de vista a su madre, pero igual continuó cargando aquella bolsa de leña sobre su espalda, total no voy a perderme, total conozco el camino de memoria.

Nené arrojó la liebre moribunda sobre la mesa de madera, tomó la cuchilla, mellada y casi oxidada y tanteó el filo con la yema del dedo. Lucho trae la piedra, y Lucho corrió hasta el patio trasero, sin mirar hacia el costado, donde la Dalma estaba encadenada y durmiendo bajo la sombra del sauce. Encontró la piedra, que estaba tirada cerca de la bomba de agua y volvió sobre sus pasos, nuevamente sin mirar hacia el sauce. Nené tomó la piedra y comenzó a afilar la cuchilla y Lucho miraba con sus inocentes ojos de diez años, bien abiertos, pero los cerró, bien cerrados, cuando Nené levantó la cuchilla en lo alto de su mano, la hoja filosa devolviendo el reflejo de la luz; pero no pudo evitar sentir el golpe, seco, crujiente de vértebras que se parten y cuando abrió los ojos, ya estaba la cabeza de la liebre seccionada y sobre la mesa un charco de sangre que se escurría entre las juntas de las tablas y goteaba sobre el piso de tierra apisonada.

Lucho asustado, Lucho temblando, corrió a esconderse entre los arbustos. *Mocoso* de mierda, *mocoso guacho*, te gusta comerlo pero no matarlo, ya vas a aprender que cuando hay que matar, hay que matar, alcanzó a gritar antes que Lucho abandonara aquella sucia cocina.

Nené no quiso, pero por su mente cruzó el recuerdo maldito de su compañero que los había abandonado hacia ya dos años, dejándola en la misma miseria en la que había vivido toda su vida pero en aquel desierto, alejados como estaban de todo el mundo. Al menos en la aldea, donde ella vivía antes de conocerlo, había otra gente y entre todos habían aprendido a hacer más llevadera la vida.

La noche cayó como un manto oscuro apretando los sentimientos como una tenaza en la garganta. Se levantó una leve brisa que sacudió los pastizales y comenzó a hacer frío. La liebre se cocinaba en la olla negra, llenando el aire de aroma a guiso barato, alguna que otra papa, algún que otro poroto. Lucho traeme agua, gritó Nené, y cuando él regreso con el balde lleno, el aullido lastimoso de Dalma atravesó el patio. Má, hace frío, porque no la soltás a la Dalma, quiere jugar conmigo, correr entre las plantas, suplicó Lucho, está siempre encadenada, má, porque no la soltás. Nené se sintió hastiada, cansada de esa vida que cargaba como una cruz, si fuese por mí me mandaría a mudar y dejaría todo, pero a dónde voy a ir, se levantó sollozando. Qué sabes vos mocoso, a latigazos la voy a hacer callar, y con determinación buscó el rebenque de cuero y salió hacia el patio bañado por la fría luz de la luna. Lucho escuchó los golpes y los gritos de furia de su madre, los alaridos rabiosos de la Dalma primero y el llanto de dolor después.

Nené entró acalorada, roja de odio y violencia y con el rebenque en la mano. Y vos, andá a acostarte, me tenés harta, estoy podrida de la Dalma y de vos, gritó mientras le cruzó la cara con una dura bofetada. Lucho lloró, los labios hinchados, un hilo de sangre corriendo por la comisura de su boca, el odio infinito que sentía hacia su madre mientras se limpiaba la cara ensangrentada con la palma de la mano. Escapó corriendo de la cocina, salió al patio mientras escuchaba la voz colérica de su madre que lo insultaba y se cruzó con la mirada espantada de la Dalma, los ojos brillando bajo la luz de la luna y entre los pelos enmarañados y sucios esos ojos suplicantes, aterrorizados, le pedían ayuda. Se quedó paralizado en medio del patio. El sabía que esos ojos desesperados le pedían ayuda.

Nené golpeó la mesa con el puño, desatando un odio sin límites. Tu padre tiene la culpa, gritó sollozando mientras se arrojaba en aquella pocilga mugrienta que tenía por cama. Y en aquel último sueño de su vida vio a su esposo, borracho, golpeándola. Y entonces lamentó en su sueño, que después que nació la Dalma, él se puso mas violento y vivía ebrio todos los días. Y recordó, como si fuese ayer, cuando él se levantó una noche, borracho y enfurecido porque la Dalma lloraba en la cuna y cómo comenzó a golpear a su hija hasta que logró que haga silencio. Y cuando ella quiso interceder para que no la lastimara, también la golpeó. Y la Dalma nunca se repuso, y no había

médicos en ese maldito desierto, y estuvo como muerta durante muchos días, y después, a medida que pasaba el tiempo, se arrastraba y babeaba de manera permanente, y a medida que crecía su deformidad fue haciéndose más evidente. Y un día él la encadenó al sauce, mientras gritaba estoy harto que me moleste, no quiero verla más, ya no soporto que me llene el piso de mierda y me babea la cama. Y un año después que nació Lucho, se cansó de nosotros y se mandó a mudar, dejándonos solos, abandonándonos en medio de este infierno, y pensar que yo en la aldea estaba tan bien...

Cuando el sol se alzó por sobre las colinas, Lucho alcanzó a ver al cóndor planear infinitamente, dando círculos en el aire, infinitamente. Se levantó y metió sus manos manchadas en el balde con agua y se lavo la cara. Entró a la cocina, buscó la lata verde que hacía mucho tiempo había guardado yerba mate y encontró la pequeña llave. Voy a soltar a la Dalma, se dijo a sí mismo. Se acercó al sauce sigilosamente, pero Dalma estaba despierta, esperándolo. Comenzó a chillar de alegría, ella sabía que Lucho la iba a liberar. Mientras él abría el candado que la sujetaba por un pie a la cadena, vio el tobillo lastimado, casi con el hueso a la vista y espantó las moscas que hacían nido en la herida.

La enorme cabeza inclinada torpemente sobre el cuerpo, se estremeció cuando el candado cayó al piso. Los ojos redondos miraron con extraña ternura a Lucho y comenzaron a llorar.

Lucho la tomó de la mano, hace frío Dalma, le dijo, vamos adentro, y la llevó lentamente, y ella entró con temor, casi temblando y cruzaron la cocina hasta el otro extremo, no te asustes Dalma nadie te hará daño, y se acercaron a la pocilga, no tengas miedo Dalma, nadie te va a golpear, le dijo mientras los rayos del sol atravesaban las cortinas deshinchadas y se desparramaban por la habitación en cientos de haces de luz; miles de motitas de polvo flotando, brillando en el aire, un rayo de luz reflejándose en la cuchilla ensangrentada. No te asustes Dalma, cuando caliente el sol vamos a salir y a correr entre las plantas, y Dalma le apretó la mano, y vieron la sangre que bañaba la ropa de la cama, porque cuando hay que matar, hay que matar, Dalma, el cuello seccionado, los ojos sin vida de Nené, inconmensurablemente abiertos, y Dalma le seguía apretando la mano, y Lucho lo percibió como un gesto de gratitud, sos libre Dalma, sos libre...

José Carlos Fernández Fernández
Primer Premio de *Cuento*
Premios Platero 2002

Lucho

“*Lucho*”... es el título del cuento que ganó el *Premio Platero 2002*. Ubicado en la Pampa argentina, este relato cautiva por su calidad literaria, la precisión de las descripciones y el contenido social.

Este nombre tan sencillo y común esconde una historia pugnante de un niño enfrentado a una vida cruel y un tanto desalmada. El nombre del niño aparece repetidas veces, como un canto respetuoso y empático: “Lucho, pies descalzos, piel parda por la suciedad”, “Lucho el que busca la leña, el que trae el agua, el que barre el patio [...]”; Lucho el desahogo de su madre, cuando está fastidiada, me golpea hasta lastimarme; Lucho el que llora en silencio entre los arbustos que rodean el rancho porque má no quiere que llore delante de ella.”

“*Lucho*” es un himno a la niñez, a la pobreza y a la dignidad. A través del personaje principal, el lector descubre una realidad dura pero llena de humanidad y esperanza. Escrito con un lenguaje preciso, el cuento presenta una arquitectura ingeniosa que lleva poco a poco a un desenlace trágico a la vez que liberador. Una pizca enigmática completa la tensión del cuento, obligándonos a releer ciertos fragmentos para aclarar una ambigüedad casi imperceptible pero presente desde el inicio del texto.

Siguiendo la mejor tradición del cuento -género particularmente difícil y atractivo- el autor consigue cautivarnos a través de sus descripciones poéticas pero sucintas, evocando sin rodeos la atmósfera y los personajes. Los localismos, que marcan una clara pertenencia a la realidad argentina, son utilizados de manera sobria y elegante, sin atañer a la dimensión universal de la narración. La brevedad e intensidad del cuento nos llevan hacia un final lleno de libertad. Porque Lucho es también un homenaje a la *lucha* cotidiana, en un medio hostil donde es posible borrar las heridas y redimirse.

Yasmina Tippenhauer
Universidad de Ginebra

COPLAS A SU MUERTE

Impresiones sobre el ganador del Premio Platero, modalidad Poesía.

El primer premio ha sido concedido a un poemario cuyas características se podrían encerrar en la palabra elegancia. Un molde clásico, de métrica sólida y perfecta, encierra un contenido que forma parte de uno de los tópicos más universales de la poesía, como es la muerte. Sin embargo, el resultado de aunar perfección formal con un antiguo tema literario no es un producto frío e impersonal, sino por el contrario un largo poema emotivo y capaz de apelar a los resortes más intuitivos del lector. El jurado ha valorado el talante profundamente poético que dejan ver estos versos y reconoce en su autor una voz solvente y madura dentro del panorama literario.

Helena de Carlos

Universidad de Santiago de Compostela

Comisión Románica de Terceros Ciclos en Letras

Ginebra 25 y 26 Noviembre 2002

Sala EM 123 (Ancienne Ecole de Médecine)

EL LUGAR DE LA POESÍA EN LA CULTURA ESPAÑOLA DEL FIN DE MILENIO

Lunes, 25

- 9:30: Introducción a los debates
Jenaro Talens (Université de Genève)
- 10:00 Leer la poesía contemporánea
José María Pozuelo Yvancos (Universidad de Murcia)
- 11:00 La poesía española en castellano del final de milenio (1968-86)
José Manuel López de Abiada (Universität Bern)
- 16:00 La poesía de Leopoldo María Panero
Túa Blesa (Universidad de Zaragoza)
- 17:00 La edición de poesía en España
Jesús Munárriz (poeta y editor)

Martes, 26

- 9:00 La historia literaria a través de las antologías
José Francisco Ruiz Casanova (Universität Pompeu Fabra)
- 10:00 Métrica y poesía
Antonio Carvajal (Universidad de Granada)
- 11:00 La poesía de Aníbal Núñez
Henriette Partzsch (Universität Basel)
- 16:00 Comunicaciones eventuales de licenciandos y doctorandos
- 17:00 Recital poético

COPLAS A SU MUERTE

I

Fúnebre marcha en silencio,
ritmo dactílico suena
con tristeza,
canto a su muerte presencio,
noble y solemne la pena
con grandeza.

II

Allende ventana os veo,
las gotas de lluvia empañan
los cristales;
vives en mí, en deseo,
nubes grisáceas que bañan
lacrimales.

III

Bajan las aguas muy frías,
frescas mañanas alpinas
de arroyuelo;
¿son frialdad tus agonías?,
¿son tus lágrimas de espinas
puro hielo?

IV

Abatamos nuestro ego,
ya se fue la bien amada.
Quedo solo,
perdido, sin vida, ciego,
el vasto Universo es nada,
frío polo.

V

Aguarda a tu enamorado,
espérame en tu aposento,
punto oscuro;
pronto estaré yo a tu lado,
polvo seré, no te miento,
es seguro.

VI

Errante vas al destino
por frías sendas de viaje
en invierno.
Errante sigues camino,
de blanco helado paisaje,
a lo eterno.

VII

Cae el cielo de tormenta,
torna en gris tornasolado
los colores
del verde valle que alienta,
oscuro rasgo es trazado
en sus flores.

VIII

Escarcha en frías heladas,
dolor que todo lo cura,
¡triste, triste!
Quedan las flores hastiadas,
queda marchita amargura
que trajiste.

IX

¡Mira ese tronco vetusto!,
árboles fuertes se estrujan
desgarrados;
también el hombre es adusto
si a llama o muerte se empujan
los hastiados.

X

Mustio rescoldo en candela,
vida en el último leño
consumido;
lenta se acaba novela,
fuego en el último sueño
ya perdido.

XI

Muriendo solos vivimos,
la noche aguarda del día
desencanto.
Viviendo solos morimos,
ya nadie escucha agonía
de tu llanto.

XII

Conato en seres mortales:
vivir tal agua en molino,
¡fatum, faturn!;
gira y camina andurriales,
calla si envía el destino
su ultimátum.

XIII

Sórdidos pasos se allegan,
golpes lejanos compelen
que despierte.
Pisa y mis ojos se ciegan,
pisa y mis tímpanos duelen,
¡muerte, muerte!

XIV

Sigues tu viaje de invierno:
pisas la gélida nieve,
sientes frío;
caminas hacia lo eterno,
expira vida, ¡qué breve!,
en vacío.

XV

Gotas derrama este río,
río que al mar infinito
desemboca;
lágrimas, sudor de estío,
sangre luchadora, grito
de tu boca.

XVI

Después de un corto camino
llegamos ya a la posada
del descanso.
Este era nuestro destino:
alto en trayecto, parada
o remanso.

XVII

Ya no se queja el molino,
campo de trigo es ya yermo,
¡cesa rueda!;
llega por fin al destino,
queda con paz el enfermo,
muerto queda.

XVIII

Lejos barca llevas alma,
más allá del horizonte,
¡rema, rema!;
largo camino de calma,
dulce mirada Caronte,
dulce poema.

XIX

Lleva tus pies al abismo,
hunde tu espíritu asceta
en infierno,
hallarás el nihilismo,
gozarás cielo, profeta,
de lo eterno.

XX

Muere, se apaga tu fuego,
alma, que huye a la vida,
ermitaña;
lejos del mundo, sin ego,
sola se queda escondida
en montaña.

XXI

Yace el Sol con la sonrisa,
dulce ocaso de poniente,
benedicida,
atardece en roja brisa,
bajo el mar se fue silente
luz y vida.

XXII

Dichoso quien va y no vuelve,
aqué! ya no siente el lloro
de miseria
que el mundo mortal envuelve,
ni escucha al histrión sonoro
de esta feria.

XXIII

Bello es el ser: superarse,
lucha por altas esferas
de uno mismo.
Bello es no ser: apagarse,
corres allende barreras
del abismo.

XXIV

Apaga, feliz, tu lloro
si el Sol ya no muestra bellas
de flor alas;
lágrimas nublan el oro,
brillo nocturno de estrellas
con sus galas.

XXV

Celebra el cosmos las muertes:
estrellas novas dan fuego
y explosiones,
crujidos, bramidos fuertes,
de esferas celestes juego
de pulsiones.

XXVI

Ni los reyes poseyeron
como tú naturaleza,
alma errante,
ni al reino suyo se unieron,
tras muerte queda belleza
con su amante.

XXVII

Letras han ya retratado
de alma paisajes floridos:
vida interna;
tu espíritu dispersado
penetra por los sentidos:
vida externa.

XXVIII

El bosque será tu casa,
albergue de tu alma errante
de fantasma
que el cuerpo vivo traspasa
en ser natura reinante
del gran plasma.

XXIX

Metamorfosis, gusano,
transformará en mariposa
a tu muerte.
También tú, ¡oh!, ser humano,
dejarás que tu alma en rosa
se despierte.

XXX

Árbol reposa en tu luto,
crece con alma dormida
que se pierde,
rico y jugoso es el fruto
brote de rama florida
entre el verde.

XXXI

Polvo de seres terrestres,
polvo de estrellas, cenizas
de la lumbre,
brotan las flores silvestres,
salen de tierras rojizas
a la cumbre.

XXXII

Del campo de funerales,
del campo son las espigas
en cultivos,
de ellas saldrán cereales
pan que alimentan sus migas
a los vivos.

XXXIII

No se fue para dejarte
sino siempre estar contigo,
¿lo comprendes?
Ha de morir para amarte,
ser en natura tu abrigo,
¿ya lo entiendes?

XXXIV

Te vas sin haberte ido,
tu huella estará presente
a mi lado;
corazón no te he perdido,
estarás eternamente
con tu amado.

XXXV

No es necesario visite
templo de tu sepultura,
ello es vano;
o es mi pecho tu escondite
o hallo tu alma en la espesura
de lo arcano.

XXXVI

Queda ya el cielo azulado,
bella te marchas poetisa
a tu lecho.
Ya queda el cielo colmado,
azul lo deja sonrisa
de tu pecho.

XXXVII

Baja el arroyo cantando,
canta feliz entre peñas,
salto en salto;
¿qué le has estado contando?,
¿qué bellos cantos le enseñas
desde lo alto?

XXXVIII

Cantan en los bosques aves,
tiernas melodías cantan
en tu ausencia.
Tu voz en trémolos suaves,
susurros del aire suplantán
tu presencia.

XXXIX

Ella se fue en primavera,
campos emanan olores
de su muerte;
primavera donde fuera
volverá y saldrán las flores
por su suerte.

XL

Duérmete ya, niña mía,
cae corazón en el canto
del que emana
sueño eterno, noche y día,
paz continua, fin sin llanto,
¡dulce nana!

XLI

Gloria cantemos al cielo,
ábranse todas sus puertas,
¡aleluya!
Se funde de un alma el hielo,
al cosmos sus gotas muertas,
¡dicha suya!

XLII (final)

Idealizada fue vida
como cantada es la muerte
de la Idea.
Canto al fin de la querida,
fin de coplas a la inerte
dulcinea.